

Vivencias de la insurrección

Un helicóptero. ¡Dios mío!, ¿dónde habrá una manifestación?

Elena Poniatowska¹

Yo conocí el pongueaje. Tenía una amiga que vivía en El Prado y tenía los pongos para bajar las bicicletas y subirlas. Yo aprendí a manejar la bicicleta en El Prado. Vivíamos en alquiler en una casa de unos hacendados y los indígenas venían a traer las cosas de la finca y dormían sobre las lozas tapados con sus ponchos, o sea que la situación de los indígenas era bien dura. Por culpa del pongueaje a las muchachas les pegaban con un kimsacharani. Era relativamente frecuente ver eso.

Teresa Gisbert²

Yo he vivido eso del pongueaje. Era un mundo muy primario en el cual todavía se cocinaba con leña, con *taquia*. Un mundo donde los indígenas llevaban los productos de la finca e ingresaban a un tercer patio y ahí se examinaban sus productos para ver si habían cumplido...

Enrique Arnal³

El año 52 ante toda esta insurrección popular en una institución como el Colegio Militar uno se supedita al mando de los superiores. Tal es así que en 1952, en el Colegio Militar, nosotros no jugábamos ningún papel ni ideológico, ni institucional, sino que estábamos solamente aprendiendo nuestra formación militar, basada en un régimen militar alemán. Dentro de esa disciplina, los cadetes, sean de cualquier año, también estaban supeditados a los militares. Y nosotros no teníamos posibilidad de preguntar siquiera.

Oscar Vega⁴

1 Poniatowska, Elena, *La noche de Tlatelolco*, Era, México, 2007.

2 Historiadora del arte.

3 Pintor.

4 Economista.

En 1946 yo he visto el colgamiento de Villarroel y también he visto cómo los sacaban a los del panóptico y los baleaban. También a los edecanes que los sacaban de la cárcel y los llevaban a la plaza Murillo. Yo vivía en San Pedro, lo vi todo. La gente cerraba sus puertas, nosotros estábamos acostumbrados, sabíamos que esto iba a durar 3 o 4 días. Cuando oíamos tiros, nosotros teníamos el baño siempre lleno de agua y todo el mundo compraba cosas por quintales, no llegaron nunca a cortar el agua pero sí muchas veces la luz.

Teresa Gisbert

Eran los días de la Revolución, el tiroteo seguía. Por esos días, Jaime Saenz tenía un huésped, su amigo el poeta Enrique Molina. Estábamos charlando los tres, le contábamos cosas que habíamos visto en la Revolución. Enrique nos dijo: 'Qué pueblo maravilloso tienen ustedes'. Yo conté lo que había visto desde esa ventana: la toma del Laikacota, cuando ya parecía perdida la Revolución. Vi a los milicianos desfilando con las manos en alto, cuando de pronto un disparo tocó a uno de ellos, seguramente en la munición que cargaba, porque el miliciano ardió en cosa de segundos, ardió con unos colores morados, violetas, rojos. Este relato emocionó tanto a Enrique que se puso a lagrimear.

Oscar Soria⁵

Porque esos días empezando del 9 de abril, nosotros salimos de Irpavi, del Colegio Militar. En esas épocas había el tranvía hasta Obrajes pero Calacoto era propiedad agrícola, no era un centro urbano como ahora. Entonces cuando salimos, ni siquiera en vehículos, como un acto de campo, a pie, unos grupos fueron bajo el mando de los brigadieres, ni siquiera de los oficiales. Fueron hacia Miraflores y nosotros fuimos hacia San Jorge con la instrucción de que íbamos a defender al gobierno. Subimos esa colina al cuartel de San Jorge por el cerro y ahí entramos a una especie de cuartel. Entonces cuando llegamos nosotros no pasó nada en el trayecto.

Oscar Vega

No creo que tenga ninguna importancia literaria, pero igual te lo cuento. Fue en el camino hacia El Alto, donde por razones que no recuerdo votaba en las elecciones de 1956 la aristocracia o por lo menos la gente contraria a Paz Estensoro, contraria al MNR. Íbamos en el auto de la embajada uruguaya el

⁵ Entrevista realizada por Rubén Vargas a Oscar Soria y publicada en 1987 en el periódico *Presencia*.

doctor Cardozo, líder socialista, el Tape López Silveira, que hizo la guerra en España, Burgos, que llevó la peor parte, y el conocido revolucionario Rubeck Orlando. Bueno, como te contaba, íbamos de viaje hacia El Alto cuando un campesino, que había resuelto que nadie pasara a votar a El Alto, nos tiró un tiro. La bala podrida pegó atrás, en la valija del coche, y de las esquirlas dos le entraron a Burgos que estaba sentado con Cardozo. Como dicen las viejas, una desgracia con suerte, porque una le recorrió toda la barriga, así, por debajo de la piel y salió por el otro lado, y la otra hizo un camino misterioso y se quedó a dos centímetros del corazón. Era un pedacito de bala, ni la bala entera, por supuesto, pero no se pudo extraer. Ya en La Paz los médicos me dijeron que no había caso: Burgos tenía que marchar con ella, y todo era cuestión de tiempo: la esquirla se le iba a ir acercando al corazón.

Bajamos, me acuerdo. Yo tenía las manos en los bolsillos del sobretodo y habíamos salido del auto. Mientras tanto, en el coche, el doctor Cardozo atendía a Burgos. Entonces el tipo que había tirado se nos acercó y apuntó con la carabina, una carabina tan vieja que debía ser de la guerra del Pacífico. De lo que me acuerdo es de eso: de tener a un indio con el rifle apoyado en mi barriga mientras me dice exaltado: “te voy a matar, hijo de puta. Te ibas a votar a El Alto, contra la revolución”. Y la mujer atrás, llorando: “No lo matés, por favor, no lo matés”. Yo tenía una indiferencia total, no de coraje sino como un estado psicológico; ni sombra de miedo, como si estuviera soñando. Lo único que atinaba a decir era: “¡Pero cómo me vas a matar a mí, si soy uruguayo!”

Juan Carlos Onetti⁶

Entonces ahí había militares, soldados y entonces el grupo llegó ahí, hemos subido hasta el cerro de Irpavi a pie. Nos han hecho descansar y nos han indicado la acción que debíamos desarrollar. Debíamos tomar la universidad porque se entendía que ya los insurrectos habían entrado a la ciudad, incluso habían entrado a la universidad. Entonces la instrucción era que había que retomar esa parte central y de la parte de Miraflores se entiende que la instrucción era similar. Entonces por la avenida 6 de agosto, nosotros, como en las películas, pegados a la pared, de subida, vinimos a pie hasta llegar a lo que es la Plaza Isabel la Católica, no por la Arce sino por la 6 de agosto, escudados. Incluso escuchábamos disparos. Yo no me acuerdo que hayamos disparado algo al subir, yo por lo menos no disparé ni un tiro al subir pero notábamos que había

6 Fragmento de “Creación y muerte de Santa María”, entrevista a Juan Carlos Onetti. Tomado de *Onetti. Réquiem por Faulkner y otros escritos*, Arca, Buenos Aires, 1975.

disparos que de repente eran orientados a otro lugar y llegaban cerca de los lugares por donde nosotros andábamos.

Oscar Vega

Justamente en esos momentos nos avisan que había ocurrido una cosa parecida con un minero de Milluni, que venía desde El Alto retomando la ciudad, haciendo retroceder a las tropas del ejército. A este minero le alcanzó una bala y voló porque estaba cargado de dinamita. Una de sus manos quedó colgada de la rama de un arbolito del parque de la universidad. Nos avisan esto y nos vamos, Jaime (Saenz), Enrique (Molina) y yo, a ver cómo había sido aquello. Este hecho me sirvió para escribir el cuento *Preces en el cerro*, que ganó el concurso de cuentos de la revolución.

Oscar Soria

Entonces era una acción militar como de película, ¿no? Y nosotros jóvenes, cadetes, disciplinados llegamos hasta lo que es ahora el Ritz. Esa era una construcción que estaba recién en armazón, nada más que sus vigas y todo, llegamos hasta ahí, ahí hemos debido estar unos dos días seguramente y nosotros siempre actuábamos en función a las instrucciones, nos quedamos ahí y por suerte no avanzamos más. ¿Por qué no avanzamos más? Ya nos anoticiamos, cuando volvimos a Irapavi, lo que había pasado: en la Arce, donde es al lado de ASFI, ahí había un convento de monjitas, un centro católico, ahí había estado concentrado el alto mando militar, en la plaza Isabel la Católica a mano derecha, esa entradita. Entonces estaban esperando los que nos dirigían, cadetes de curso superior esperando las instrucciones. Entonces pasó la noche, no pasó nada, al día siguiente tranquilos, cuando en el segundo día dicen: “Señores hay instrucción de retornar al Colegio Militar”. Entonces dijimos: “Vamos a volver”. Éramos unos veinte el grupo de esta zona. Entonces nos bajaron en vehículos, vinieron ahí a la plaza, góndolas, y nos bajaron hasta el Colegio Militar entiendo que lo que ocurrió es que el alto mando que estaba ahí llegó un acuerdo con la insurrección que se consolidó.

Oscar Vega

Yo tenía una mirada doble. Toda la visión aristocrática que protestaba y que sufría: tenía un alumno que estuvo un tiempo en los campos de concentración y volvió medio “loco” y nunca se recuperó. Y por otro lado los movimientistas, a los cuales yo conocía pues trabajaba con ellos. En muchos casos nosotros

éramos totalmente ajenos. No te olvides que tanto mi marido como yo somos hijos de españoles. Por ejemplo, la gente durante y después de la Guerra del Chaco tenía problemas, lloraba; yo no, yo no tenía nadie de nadie porque vivía toda la familia junta con mis abuelos, mis tías que eran costureras, vivían de eso. Mi padre hacía edificios hasta que llegó a la universidad. Mi tío se fue con unos catalanes y poco a poco se fue comprando lo que es hoy la librería Gisbert, si te das cuenta era así.

Teresa Gisbert

Nosotros éramos como los niños de colegio que teníamos que esperar las instrucciones de la profesora. Cuando retornamos al Colegio Militar, nos piden que nos tranquilicemos y nos hacen formar. Sin embargo, tanto en la noche como en el día siguiente a nuestro regreso, en el Colegio Militar se sintieron disparos de morteros. Explotaron algunos en el Colegio Militar y ante esa situación, no tanto los oficiales sino los brigadieres, encabezados por el brigadier mayor que era Natusch Busch, nos hicieron formar y como nosotros no estábamos ya con instrucciones de combatir él dijo: “La única forma de garantizar a la gente del Colegio Militar es replegarnos hasta Cota Cota”. Cota Cota era una zona lechera y nos fuimos todo el Colegio Militar, nos fuimos ahí porque así lo determinaron los brigadieres. Yo no sé si hablaron con los oficiales, no sé, pero fuimos para evitar mayor enfrentamiento, ya que caían morteros.

Oscar Vega

En la compañía de Jesús, en la plaza de Cochabamba. Ahí arriba en la cúpula, había un tipo con una ametralladora, apuntando. Seguramente era del gobierno, del gobierno que cayó. Con una ametralladora, apuntando a la plaza. Yo lo descubrí. Yo lo miraba ahí arriba al hombre, con su ametralladora. Y a veces me subía por la escalera de la casa, al segundo piso, para mirarlo mejor.

Mauricio Peña Davidson⁷

El cambio social era visible porque había una evidente ebullición social. Se habían creado milicias que tenían puestos de vigilancia en Miraflores. La plaza del Estadio era la Troya de La Paz, de la revolución. Había sido tomada por el MNR y había una permanente presencia de un estado de efervescencia revolucionaria.

Enrique Arnal

⁷ Periodista.

La gente se quejaba mucho, había escasez de víveres muy notoria. Mi hijo Andrés estaba pequeñito. Para conseguir una lata de leche, había que hacer colas toda la noche, había que ir a los barrios altos para conseguir un poco de arroz, un poco de azúcar o lo que fuera porque había una escasez bastante notoria, eran tiempos terribles. También surgieron los campos de concentración, que fue terrible. Yo tenía un amigo que era movimientista y le pregunté: “¿Y es así?” y me respondió: “Mucho peor”.

Teresa Gisbert

Después de eso nos hacen levantar las filas y nos vamos a ordenar nuestras cosas, ya no había clases ni nada. Y como ya nos dieron la información de que se cerraba el Colegio Militar, estábamos arreglando nuestras cosas para irnos y tuvimos que salir de noche, con boinas porque nos dijeron, y era correcto, que en la ciudad nos podían tratar mal, y hubo gente que sufrió cuando volvió a sus barrios. Cuando salimos hacia la ciudad, como yo tenía un hermano que estudiaba en la universidad, ingeniería, llegué a su casa y lo primero que tuve que hacer es pedirle que me consiga un pasaje a Cochabamba. Tuve que salir con la vestimenta medio de disfraz, como uno tenía el corte (de pelo) pequeño, de militar. Llegamos a Cochabamba sin problema y cuando llegamos a Cochabamba lo primero que uno hace es integrarse a la familia.

Oscar Vega

Se realizaban allanamientos constantes a las viviendas de personas no inscritas en el partido gobernante y con mayor saña se requisaban y destrozaban las pertenencias de los opositores. Para agravar esta situación, el gobierno ofrecía pagos en efectivo o en cupos a los denunciantes de personas contrarias al régimen; incluso se daban las venganzas personales.

Jorge Alvéstegui Álvarez⁸

Como no había plata, todos los edificios quedaron parados. Entonces no podíamos trabajar como arquitectos, entramos a trabajar en la universidad como profesores de Historia del Arte y todo el mundo traía sus cuadros para ver si eran auténticos o no. De eso en España hicimos unos cursos. Preguntaban si era tela o tabla, pero generalmente era tela. Porque en ese tiempo no habían

8 Periodista.

especialista en la historia del arte, pero si arqueólogos como Carlos Ponce, no dejaban que ningún extranjero entre.

Teresa Gisbert

Como mi familia es de la provincia Carrasco, entonces yo fui a ayudar a mi familia el año 52. Dejé de estudiar ese mismo año porque, después del cierre del Colegio Militar, yo no me sentía cómodo y además en esa época la universidad ya no recibía a nadie. Entonces yo me fui a mi pueblo. Mis hermanos y todos estaban en la ciudad pero yo me fui a mi pueblo y me quedé en mi pueblo y llegó un momento en que iba de vez en cuando a la ciudad pero mi centro de actividades era mi pueblo. Después me di cuenta que tenía que estudiar y fui a la casa que compraron mis papás en la ciudad. Me dieron un cuarto ahí en la casa y me puse a estudiar.

Oscar Vega

A mi familia (la revolución) la cambió en un sentido profundo, porque mi padre era gerente de la Patiño Mines. Entonces la Patiño Mines fue nacionalizada y mi padre tuvo en algún momento la visión de negociar con el nuevo gobierno las condiciones de la toma de la empresa. La Patiño Mines tenía su sede en la avenida Mariscal Santa Cruz, el edificio existe, Corporación Minera de Bolivia, es ese que tiene las columnas de mármol. Esa empresa se manejaba con sesenta empleados. Cuando ingresó la nacionalización y se tomaron todas las instalaciones, el número de empleados en ese edificio subió a tres mil. Se creó una burocracia ineficiente y una gran pérdida económica para el manejo de la empresa porque había que dar pues el poder a los militantes. Mi padre se quedó sin trabajo. Le ofrecieron continuar dirigiendo la Patiño Mines nacionalizada, pero él no aceptó. Claro, él pertenecía a otro mundo. No rechazaba aquello pero decía “¿Qué espacio puedo tener ahí?”.

Enrique Arnal

¿Por qué soy economista? Porque en ese momento yo decía: “Yo quiero ser ingeniero” pero ese momento no había en Cochabamba. Entonces digo: “¿Y qué puedo estudiar en la Universidad Mayor de San Simón?” Entonces veo ahí medicina, área social. “Medicina no”, había la facultad de derecho de la cual dependía la carrera de economía, ni siquiera era carrera. Entonces era la única opción que tenía porque los horarios me permitían trabajar. Entonces tuve que elegir entre derecho y economía, nunca había pensado ser economista, menos

abogado, así que decidí estudiar economía, pero para poder estudiar tenía que trabajar. Como le digo, la única oportunidad que se me apareció fue la de aplicar a la oficina de la renta en Cochabamba, un amigo de la universidad me contactó. Entonces me preguntaron si era del MNR o no. Yo les dije que no, recién estaba llegando de mi pueblo, etc. Entonces el abogado me dijo: “Me parece bien pero yo solo le puedo dar un trabajo de diligenciero”, yo le dije: “No tengo ningún problema”. O sea durante dos años, durante mis dos primeros años de estudio yo era un diligenciero. Tenía que trabajar y estudiar al mismo tiempo entonces.

Oscar Vega

Confinaron en campos de concentración, al estilo nazi, a personas heterogéneas, de diferente filiación política, grado de cultura y extracción social, calificadas de opositoras. Se las rodeaba de espías o “buzos” lo que dificultaba la convivencia que de por sí era difícil. Los detenidos vivían acosados por el hambre y la necesidad de subsistir; sin juicios, sin apelaciones, por tiempo indefinido, padecían el hostigamiento de sus verdugos. Falangistas, piristas, pursistas, socialdemócratas, independientes y hasta movimientistas en desgracia soportaron una despiadada persecución, encarcelamiento, torturas, confinamiento y exilio que condujeron a estos hombres más allá del límite de su resistencia física, mental y moral.

Jorge Alvéstegui Alvarez

Había implicaciones si eras del partido o no, porque existían cupos para comprar, porque no era venta libre. Los libros estaban restringidos, a tal punto de que a las librerías que les llegaban libros los vendían a puerta cerrada y solo a los intelectuales, y lo que sobraba recién abrían porque la importación estaba muy limitada.

Teresa Gisbert

La revolución del 52 tuvo una gran influencia en el arte. La tendencia era dirigida hacia los muralistas invitados que acompañaron la revolución mexicana de 1910, la gran revolución del siglo XX, antes que la soviética. Estaba dirigida hacia ese movimiento mural, bueno ya conocemos a los pintores, “Riveras”, etc. La revolución boliviana quería tener presencia mural que acompañe el movimiento y oficializó, o creó, pintores de corte. A unos dos o tres pintores los incluyó. Claro, yo no tengo nada en contra los que ejercieron y dominaron

el movimiento mural. Ese movimiento social tenía como meta resaltar lo que era victimado en Bolivia. En esa época eran los mineros, los campesinos, como ahora. Un rescate de la humillación, traducido a la pintura. Los movimientos sociales y la doctrina social que comunicaba al público, la causa de la revolución, porque lo que se veía era eso: gentes malignas oprimiendo a gentes angelicales.

Enrique Arnal

Entonces trabajábamos con gente del movimiento, pero nosotros nunca fuimos políticos y nunca nos interesamos por eso. Por eso te digo que existía esa faceta: una vida cotidiana muy dura para los que no eran de uno u otro partido.

Teresa Gisbert

Claudio San Román, en un recinto situado en la calle Potosí frente al Palacio de Justicia, ejercía la dirección del control político. Allí se colgaba a los prisioneros de las muñecas, durante horas, hasta hacerles perder el conocimiento. Eran encerrados desnudos en calabozos durante varios días. Desnudos se los amarraba a una silla, se les conectaba un polo eléctrico a una oreja y el otro polo en los testículos. Permanentemente se los golpeaba con laques, palos y se les propinaba culatazos. Se les aplicaba también electricidad en brazos y piernas, exigiéndoles que firmaran declaraciones previamente redactadas a conveniencia de los torturadores, declaraciones en las que se inculpaba a parientes, amigos o desconocidos.

Jorge Alvéstegui Álvarez

Y el hecho de que nos hubieran publicado el libro sobre Pérez de Holguín indica que todo lo que era boliviano les interesaba. No les importaba de qué color era y lo publicaban.

Teresa Gisbert

Yo por otra parte tenía la idea de fomentar las artes, entonces se creó un salón de artes que era anual, con premios bien financiados. Yo participé en uno llevando esta figura de lo local a lo universal en un cuadro que presenté para competir en ese concurso. El día anterior, un personaje del gobierno me dijo: “quiero felicitarte porque has sacado el segundo premio”. Entonces yo le pregunté quién había sacado el primero. Entonces me dijo: “fulano de tal”. Yo le

dije: “para eso no deberían hacer concursos, deberían darle una medalla al mérito individualmente”. Entonces llegó el día de la inauguración y yo renuncié públicamente al premio. Los demás pintores se solidarizaron conmigo y descolgaron sus cuadros y dejaron el cuadro premiado solo. Entonces esa fue una reacción general en contra de este manipuleo de concursos, de esa exaltación de pintores elegidos de antemano. Eso produjo alguna reacción, me amenazaron con mandarme a la sección segunda de San Román. Tenía que afrontar las consecuencias nomás.

Enrique Arnal

Esta sociedad no se rompe, es como un tejido. Tú puedes ser de cualquier partido, pero alguien de tu familia, tu tío, tu primo puede ser de otro partido y entonces a base de muñeca van adelante. Las relaciones familiares eran una cosa, y las relaciones políticas eran otra, a veces chocan pero en general no chocan.

Teresa Gisbert



LADRONES

Oscar Soria Gamarra*

¡¡¡No podía ser que entre tanta gente no hubiera alguien que me conociera!!!

Caminaba por las calles, mirando las caras a los transeúntes, tratando de reconocer un antiguo gesto amigo, una sonrisa que me fuera familiar. Después de siete años de ausencia, encontraba a mi ciudad más crecida, mas llena de gente y de bocinas y de ruidos.

Buscando con angustia entre los rostros que pasaban, recordaba con nostalgia mi pequeño cargo en la pulpería de la mina, allá en Yungas. La lenta cola de gentes desfilando frente a mi mesa, haciéndose anotar el avío. Un obrero, muy joven y pequeño, pedía: “Zapatos quisiera, señor”. Y yo recitaba: “Hay calzado con planta de goma; hay de trabajo, con suela claveteada; hay zapatillas de material...”. El obrerito inquiría: “Y esos claveteados, ¿cómo serán?”. Y yo levantaba un pie hasta la altura de la mesa y, mostrando mi propio zapato, indicaba: “Estos son”. Los del final de la cola, a quienes no lograba cubrir el reducido alero de zinc de la pulpería y que, chapoteando en el barro vahoso, se mojaban bajo la tibia garúa tropical, gritaban pullas al pequeño obrero: “Déjese de preguntar tanto, ese petiso!”. “SI no sabe pedir ese chico, ¡que mande a su mamita!”. Yo reía con las bromas ingenuas de esa gente simple. En la tarde, me iba a mi casita, mojándome en la persistente garúa que doraba el último sol. Y, mientras mi mujer terminaba de cocinar, yo me ponía a jugar con mi hijo, que ya estaba dando los primeros pasos. A veces, él se dormía en mis brazos y yo me quedaba escuchando la algarabía de gritos, zumbidos y chirridos del monte.

Pero, todo eso se acabó. La mina tuvo que cerrarse y nos indemnizaron a todos, obreros y empleados. Yo me vine a la ciudad, con mi mujer y mi hijo; y ocurrió que sufrí durante el viaje la pérdida de casi todo el dinero recibido. Y, para colmo de males, en la ciudad habían estado escasas las habitaciones y tuvimos que contentarnos con una piccita muy pequeña y muy oscura, a la vera de un camino polvoriento, en la zona de Tembladerani, bastante lejos del centro.

Creció en mí un antiguo temor a la ciudad, nacido en las tranquilas horas provincianas. Pasaban los días y yo veía, angustiado, disminuir el dinero; y no quería pensar en lo que haría cuando se acabara. Sobre todo, me exacerbaba la idea con relación a mi hijo. Preveía que si lo oía llorar de hambre, acabaría robando o matando o haciendo cualquier cosa.

El dinero era mi obsesión. Por temor a perderlo o gastarlo, entregué a mi mujer el poco que restaba y que alcanzaría, a lo sumo, para cuatro o cinco días. Y suprimí los cigarrillos.

* Este cuento de Oscar Soria formaba parte de un libro dedicado a la revolución de 1952 que nunca fue publicado (ver: *Sepan de este andar. Antología de cuentos de Oscar Soria*. Editado por Álvaro Diez Astete, la Paz, editorial de la Universidad Mayor de San Andrés, 1991).

Estas cosas iba yo repasando, cuando creí distinguir, dentro de un lujoso automóvil, a un antiguo amigo mío. El vehículo se detuvo unos metros mas adelante, juntó a la acera. Yo acorté el paso, pensando cómo procedería. “¡Jorge! –exclamaría- ¿Cómo estás, viejo?”. ¿O, me pararía frente a él, esperando que me reconociera? ¿O, le rozaría el brazo, al pasar, y le diría “Disculpe”, para dar lugar a que me recordara?

Llegué hasta la altura del automóvil sin resolver nada, a tiempo que su puerta se abría. Jorge salió y un segundo se cruzaron su mirada y la mía. Pero él siguió andando y se alejó, como si nunca me hubiera conocido.

Me dio ira. Di en pensar todo lo malo o negativo que sabía o suponía en él. “Malagradecido -lo llamaba in mente- hasta hace siete años era un pobre diablo a quien yo ayudaba e invitaba”. “Vago -le decía- apuesto que el auto que manejas es mal habido. Seguro que es producto de coimas y turbios manejos. ¡Pillo! ¿A lo mejor lo debes todavía? Ya me contaron que estos que de repente salen de pobres, lo primero que hacen es comprarse un automóvil y mejor cuanto más lleno de brillo. Y, luego, se desquitan paseando altaneros.

Poco a poco me calmé. ¿O es que no me vio -me preguntaba- o aún viéndome, no me reconoció? No, no, muy que me vio y me reconoció. El iba todo elegante... ¡Epa! ¿Elegante, dije? ¡Ahí estaba la clave! Ya lo había observado, sin recapacitar sobre ello: la moda era otra siete años atrás. Miré el paleta ajustado y los pantalones demasiado anchos. Hoy ya no se usaban más así. ¡Qué curioso! Este traje era mi lujo allá, en la mina. Sin duda que es malo vivir alejado de los centros poblados durante mucho tiempo. Uno se desconcentra, se desacomoda. Además, no me había afeitado y llevaba el cabello crecido. Así, no era difícil que la gente -y sobre todo un elegante como él- me rehuyera. Cada rato me recriminaba más y la humillación sufrida se me resolvía en amargura.

Iba a torcer ya la calle Comercio hacia la plaza San Francisco, cuando oí unos gritos: “¡Vico!... ¡Vico!...”.

Vico soy yo. Me detuve, viendo que alguien se abría paso entre la gente, viniendo a mi encuentro. Y se me fue la amargura cuando, unos pasos antes de llegar a mí, quien venía -y era un hombrón- pronunció con voz tenante:

Por cien mil focas! ¿No me oíais, viejo lobo de mar?

Yo, por supuesto, lo había reconocido. Más gordo, un tanto avejentado, pero los mismos ojos bonachones: era el mismo Armando Rojas de mi infancia. Nos abrazamos riendo. Las frases de mi amigo me recordaban nuestros juegos y tropelías, y “Sandokan” y “Los Naufragos de Liguria” y todos los libros de Salgan que leíamos, y como habíamos convertido en lenguaje nuestro de todas las horas las expresiones y el hablar de sus personajes. Así que, a tono con Armando y mis recuerdos, respondíle:

Perdonad, Tigre de Malasia, pero os juro por mi barba, que no os oí...

Y reímos de nuevo.

Pasó a expresar mi amigo que celebraba haberme encontrado, pues algunos de los que habíamos sido de un mismo curso en colegio, habían preparado para esa noche una cena de camaradería. Y que yo era el decimocuarto compañero que ubicaban. Y que tenía que ir. Armando prometía no sé qué diversiones y aplicaba entusiásticos y exagerados epítetos a la ocasión, y a la cena, y a la Taberneta del Milano que era donde se llevaba a cabo la reunión.

Yo dejé que terminara y, luego, le respondí:

Armando, dime, ¿tengo yo traza de asistir a fiestas? Hombre... ¡no sabes por las que estoy pasando! Cerraron las minas donde trabajaba y no tengo dinero.

No dramatices, querido David- replicóme.

Pensé yo que se estaba burlando de mí y le miré a la cara, pero vi que ya no se le reían los ojos. Y prosiguió:

Te creo, de veras. Estoy seguro de que podrías contar una porción de cosas tristes. Pero, quien no, Vico, ¿quién no? Todos somos víctimas de esta maldita crisis -sonrió sin ganas- y encima de la crisis, la estabilización. A todos nos afecta de alguna manera. O son nuestros padres, o son nuestros hijos, o nuestros hermanos, nuestras esposas, o nuestras novias. El que más y el que menos, tiene cerca a alguien que protagoniza alguna lamentable historia. Vas a oír esta noche -porque inevitablemente se mencionarán estas cosas acerca de los peculados y los robos, de los estragos de la pizzicato -en los que la fabrican y en los que la consumen- de la ola de suicidios... ¿Sabes tú que a veces la gente se cansa y se angustia y se elimina? Y hay algunos que se cansan muy jóvenes... Luego, han proliferado las patinadoras, esas prostitutas que esperan a sus clientes en el frío y en la lluvia, bajo los arbolitos de los parques... Sí, Vico, hay mucho que contar.

Calló un momento y, en seguida, bajando la voz, prosiguió:

Esta nuestra fiesta, Vico, es un pretexto, una triste compensación en estos tristes tiempos. No nos defraudes. Trataremos de divertirnos, y si no... siempre podremos lamentarnos juntos.

Desconcertado, yo no sabía qué decir. Armando me había mostrado un cuadro de cosas que yo desconocía totalmente. Pensaba, además, que tal vez mi amigo tenía algún problema. Pero, entonces, y sin que yo me hubiera recobrado de mi desconcierto, él concluyó rápidamente la conversación diciéndome:

Olvidate del dinero. Lo pondré yo y nadie lo sabrá. Y mira: -se le ocurrió un último argumento- no dejes de ir porque entre nosotros hay gerentes, abogados, propietarios de industrias... ya tú lo verás. Y, por ahí, te sale un trabajador.

Se despidió, advirtiéndome:

Así que a las ocho y media, en la Taberneta del Milano...

Bajaba yo, alegremente, la avenida Santa Cruz (las últimas palabras de Armando me habían dado esperanzas) cuando tuve que detenerme ante un hombre plantado en mitad de la acera, que encendía un cigarrillo y me cerraba el paso.

Me hice a un lado, tratando de evitarlo, y el hombre se movió en la misma dirección que yo, volviendo a enfrentarme. Lo reconocí en el momento en que largó la carcajada. Nos abrazamos con efusión. Si había alguien con quien habíamos sido amigos, era Carlos. Carlos Mendoza.

Si será este un día de sorpresas! -comenté complacido-. Y a continuación le conté mi encuentro con Armando, le hablé de la comida de camaradería de esa noche (faltaban, exactamente, dos horas, pues eran las seis y media), mencioné los alegres días de colegio y acabé invitándolo.

El no comentaba nada, limitándose a escucharme. Yo decía algo más, cuando eché de ver su actitud escéptica y como de rechazo. Y, entonces, en esfuerzo por ganarlo, comencé a repetir las mismas frases ditirámicas de Armando, recordé incidentes, nombré a algunos de los que asistirían...

No digas más- me interrumpió de pronto, bruscamente -yo no puedo ir... y hay para ello una razón clara y terminante. . .

Hizo una pausa y, luego, pronunció con énfasis: un ladrón!

Me miró para ver cómo reaccionaba y, advirtiendo mi sorpresa, insistió:

Sí, sí, un ladrón avezado, uno de esos vulgares cacos que persigue la policía. . . Pregúntale, esta noche, en tu fiesta, a nuestro elegante ex-compañero, el prestigioso abogado Ramiro Vera, por qué me hizo encerrar en la cárcel durante seis meses. Fue un caso muy interesante: el amigo acusando al amigo... Claro que yo no lo culpo; la ley es la ley. Y él es un hombre de leyes.

Yo me apagué completamente. Se pasó todo mi entusiasmo. Carlos examinaba ahora mis pobres y anticuadas ropas. Me juzgó a través de ellas y por cierto no equivocadamente:

Oye Vico, me parece que quizás tú no estarías muy lejos de justificar mi modo de vida... Estás mal, ¿no es cierto, hermanito?

Yo me sonrojé un poco y respondí, con un hilo de voz:

Sí...

Me miró con afecto. Seguramente sentía pena de mí. Se me acercó más, me invitó un cigarrillo y él prendió otro. Yo también sentía renacer mi viejo afecto por Carlos: reconocí sus ademanes, su manera de ahuecar las manos al prender

el cigarrillo, su modo de echar el humo... Recordaba nuestra infancia y nuestra juventud. Y él siguió hablando:

Fuimos buenos amigos, querido Vico -decía con acento sincero- Deja que a mi manera (fíjate bien: no tengo otra) trate de ayudarte... ¿Ves ese edificio? -y señalaba con un ademán una construcción de cinco pisos, cuadrada y con una amplia portada de mármol.

Carlos pasó a explicarme que allí operaba una entidad muy grande y que él había planeado todos los detalles para ingresar, al día siguiente en la noche, a la oficina donde se guardaba una caja fuerte, la misma que, presumiblemente, siempre contendría una buena cantidad de billetes. Me daría la quinta parte del producto del robo si aceptaba participar en él.

Yo era presa de encontrados sentimientos; al mismo tiempo me entristecía el curso que había tomado la vida de mi amigo y me conmovía su insólita proposición; y tampoco me animaba a rechazar esta última, por aquello de que se suponía que con ella entendía él estar favoreciéndome.

Todo está estudiado- terminó en tono seguro y convincente. Entraremos por la casa del lado. Habrá un colega esperándonos, con una escalera.

Como si yo hubiera intentado responderle algo, se apresuró a añadir:

Ahora no me digas ni si ni no. Si te decides, ven mañana en la noche a las 11 y 3 en punto, a esta esquina. Ahora vete, no vayas a llegar tarde a tu comida.

... ¡Cómo me desconcertaba la vida! Qué personajes los que estaba viendo: un envanecido que se negaba a reconocerse, un sentimental que me invitaba, un ladrón que me mostraba afecto... Corrí a mi casa a cambiarme una camisa mejor.

Al entrar sentí que mi hijo tosía. Me asomé a su camita: tenía los ojos lagrimeantes y la naricita enrojecida. Mi mujer me explicaba:

Es el polvo. No te imaginas cuánto hay. Cada quince minutos pasa un colectivo y levanta un polvo que se mete en todo. Y como no existe ventana ni otra puerta, hay que mantener abierta la única que hay.

Salí otra vez corriendo. Y en la fiesta me emborraché rápidamente. De rato en rato me acordaba de mi hijo, pero me alegré de veras viendo a viejos compañeros. Efectivamente, había grandes abogados, industriales, políticos... ¡Qué bien había tratado la vida a algunos! Unos y otros me ofrecieron cargos. Yo tomé nota de sus direcciones.

Recordamos los buenos tiempos. Comimos, bebimos y reímos. De sobremesa, se habló de los ausentes. Se mencionó a Carlos Mendoza, el ladrón;

había una compañera que se dedicó a la vida, otro -con qué tristeza me acordé del pequeño y vivaz Niceto Ríos- se había suicidado en una cárcel de Oruro.

Yo estaba aturdido con tantas cambiantes impresiones. Y así seguí hasta que volvía a casa. Dormí soñando extravagancias, lleno de sobresaltos, y desperté tarde.

Mi hijo tosía más. Tres mil pesos era todo el dinero que teníamos. Mil me llevé yo para comprar los ingredientes de unas recetas caseras (una infusión de yerbas y una fricción de sebo) y dos mil se quedaron para la leche de mi chico y para la comida.

Anduve toda la mañana por los negocios y oficinas de mis amigos que me habían ofrecido cargos la noche anterior. Pero sin suerte: uno me explicó que lo primero que había hecho esa mañana era averiguar sobre la vacancia que pensaba asignarme, pero que, desgraciadamente, ella había sido provista; otro me informó que había buscado y revisado todo y que no existían empleos disponibles; un tercero me manifestó que sí, que había un cargo, pero que se requería ser militante del partido de gobierno.

De regreso a casa, tuve que esperar largo, pues mi esposa no estaba. Por fin llegó. Tosía tanto el niño que optó por llevarlo al hospital. Le había hecho una curación y traía una receta; no había podido internarlo por falta de sitio.

Pusimos a mi hijo en su camita. Tenía temperatura y dormía tranquilo.

Tomamos un té con pan y salí nuevamente, con la receta. A dónde iría yo, ¿a quién tenía?...

A dos oficinas más fui en busca de trabajo. No, no había. Desesperado, estuve a punto de pedir dinero al último de los amigos con quien hablé. Pero no pude, no sabía cómo.

Ambulé sin ton ni son. Pregunté en una botica: la receta costaba cincuenta y cinco mil bolivianos... Obscurecí y tuve miedo. En la noche, uno está más solo. Se agrandaba mi angustia. "Se morirá", me decía. "Se morirá si no llevo la medicina".

Y, entonces, recordé a Carlos. Carlos y su ofrecimiento. Carlos y su plan. Carlos y la caja fuerte. Carlos el ladrón.

Quería serenarme. Pensar en otras posibilidades. Cómo apartarme de esto.

...No sé cómo pasaron las horas y, de repente, sin pensar, me encuentro mirando, admirado, un reloj; las once y cuarto. ¿Dónde estaba?... Eché a correr; ahora me parecía que no encontraría a mi amigo, que él se iría sin mí...

Llegué jadeando a la esquina de la cita. Allí estaba Carlos, fumando. ¡Qué contraste hacía su tranquilidad con mi angustia!

¡Cálmate, hombre! me dijo-. Si no hay ningún cuidado. Fíjate: este es un hospicio; y aquel, un edificio de oficinas.

Observó brevemente a todos lados y me ordenó:

Ahora vamos. Pero sin apurarse.

Entramos por un zaguán oscuro, atravesamos un patio y, luego, otro zaguán. Ingresamos a una piecita, apenas alumbrada por una vela, y salimos por su puerta del fondo, a otro patio pequeño. Un hombre nos esperaba con una escalera. Carlos me murmuró:

¡Sígueme! Haz lo que me veas hacer.

Subimos por la escalera; seguimos el delgado pretil de un largo muro, sobre un patio lleno de vehículos, agarrándonos de otro muro más alto, de la propiedad vecina. Unas luces de automóvil comenzaron a jugar contra el edificio hacia el que nos dirigíamos; nos detuvimos; las luces bajaron, un momento alumbraron el muro, y pasaron sobre nuestras cabezas. Proseguimos. El pretil terminaba en un pequeño techo. Saltamos a él y bordeamos parte de un cuerpo del edificio. Cogiéndome de una mano, Carlos tanteó con el pie algo que cedió. Era una ventana, por lo que siempre agarrado de mí, pasó y me ayudó a pasar. Continuamos por un corredor, llegamos a un hall, Carlos abrió una puerta y penetramos. Era una oficina con varios escritorios y una caja fuerte. Yo alumbré la cerradura de esta última y Carlos se puso a manipular.

En esto estábamos, cuando oímos detenerse un vehículo frente al edificio. Seguimos operando pero, a poco, oímos que chirriaba la reja y unas personas ingresaban. Escuchamos: ahora subían las escaleras. Carlos recorrió la puerta de una alacena e hizo campo entre los papeles. Sentimos que ya alcanzaban el hall y nos metimos al empotrado, agachados.

Entraron y encendieron una lámpara de mesa, de luz baja. Eran tres: uno joven, probablemente un empleado, que se sentó frente a un escritorio y comenzó a buscar entre los papeles; un segundo moreno, macizo, de cara redonda y bigote negro; y el otro, alto, de ojos que me parecieron azules y fijos, obviamente extranjero por su hablar. Yo miraba por la rendija, sin perder detalle. El extranjero decía ahora:

Don Emilio, si usted desear, no trabajar más.

No me llame don Emilio - replicó el moreno, molesto.

Oh, disculpa, je, je -rió el alto-. Yo hacer este mismo negocio -puso énfasis en la palabra- con anterior Presidente del Directorio que se llamaba don Emilio. Por eso confundir. Je, je. No enojarse, don Alberto, por favor.

El macizo -don Alberto- preguntó e indicó al del escritorio, que tenía ante sí un libro abierto.

¿Es un libro de acreditivos? Bueno, anoté: Acuerdo de Trueque Boliviano-Uruguayo... Ah, ponga fecha de hace diez días... el 5 de mayo.

¡Espera un momento!- clamó el extranjero- No vaya a anotar domingo.

Y buscaba en un almanaque.

No, no, siga nomás.

¿Pedido?- preguntó el que anotaba.

No, no hay- habló don Alberto.

¿Llamamiento a propuestas?- volvió a preguntar el empleado.

¡No hay, hombre!- contestó impaciente, don Alberto. No hay ni pedido, ni llamamiento, ni Junta de Almonedas... Si hubiera algo de eso, no habríamos venido, ¿se da cuenta?... Ponga simplemente: Resolución de Directorio... ¿Ya? Ahora siga: 1.800 toneladas de arroz Carolina, a dólares 95 la tonelada... Bueno: 700 toneladas de aceite, a dólares 300 la tonelada... ¿Ya? 500 toneladas de grasa de cerdo. ..

Yo miraba y oía, y me consumía de ira. Yo, muñéndome de necesidad y estos cochinos... Mi práctica contable me hacía ver claro: se estaba anotando Acreditivos que, en realidad, nunca se abrieron y con respecto á los cuales no se habían cumplido tampoco los requisitos legales.

Ahora, don Alberto, yo quiere su atención -el extranjero hablaba con precisión- escucha: su 4 por ciento de su comisión es 74.000 dólares. ¿Correcto? Ahora, yo depositar mañana, en su cuenta de Nueva York 30.000 dólares. Pero yo quiere que, en 15 días, usted ordena pago...

Yo temblaba. 74.000 dólares. Y yo que daría mi vida por 55.000 bolivianos!

Por fin, terminaron. Al salir, don Alberto le decía a su empleado.

Mañana ordenaré su ascenso. Hágame recuerdo.

Sentimos alejarse el vehículo y recomenzamos nuestra tarea. Si hasta hacía un cuarto de hora yo había tenido escrúpulos, miedos o vergüenzas, ahora

ya no los tenía más. Se abrió la caja fuerte y yo me lancé sobre el dinero con furia. Había tres paquetes largos, uno corto y unos pesos sueltos.

Hicimos el recorrido de vuelta. En una piecita con vela, Carlos hizo la distribución. A mí me tocaron tres millones y los pesos sueltos. Di un gran apretón de manos a Carlos y salí corriendo.

Busqué una botica, compré mi receta y tomé un taxi hasta mi casa.

Mi hijo respiraba con dificultad y tenía la carita ardiendo. Comencé a darle la receta y comprobé, con alivio verdadero que, a la segunda cucharada le bajaba la temperatura y respiraba más normalmente. Velé su sueño hasta el amanecer.

Esta mañana, a las diez, nos trasladamos a una pieza más cara pero más céntrica y mucho mejor. Había que dar un adelanto pero, ahora, tenía con qué. Después de mucho, mi mujer hizo un buen almuerzo, mas yo no pude comer.

Mi hijo está casi sano, y hasta me sonrío.

Pero, no puedo mirar de frente sus limpios ojos de niño? Me parece que me acusaran y tengo una horrible vergüenza. “¿Quién es ladrón?” me digo, “¿Quién?”... ¿Es don Emilio, es don Alberto, es el extranjero de ojos azules, o es Carlos Mendoza, o soy yo?... Pienso en los hijos de todos ellos y en el mío. ¡Dios de mi madre, qué ejemplo, qué maldita semilla estamos sembrando!

Mas a mi hijo parece no importarle nada. Retoza en su camita, entre pujos y risas. Y yo, de pronto, caigo a sus pies, llorando y acusándome y acusando a don Emilio, a don Alberto, al extranjero, a Carlos y mil más: “¡Ladrones!... ¡Ladrones! ... ¡Ladrones!...”.